

Prólogo

—o sótano—

Recuerdo que mis primeras aproximaciones a la poesía se dieron gracias a las antologías. Me gustaba comprar antologías porque me presentaban un panorama de lo que podría encontrar en un determinado territorio, en un continente, en una lengua. Esto me sucedió con la lectura de poetas latinoamericanos: gracias a una antología que realizó Piedad Bonnett sobre poesía latinoamericana contemporánea, pude entrar en el mundo de la poesía escrita en español, para ir descubriendo los autores, las poéticas, las formas que más me llamaban la atención.

Así mismo me pasó con la poesía francesa: un libro traducido y prologado por el escritor colombiano Andrés Holguín, y de nuevo, para llegar a ver la amplitud de la poesía colombiana, me acerqué a los dos tomos realizados por este mismo autor, así como el trabajo de Rogelio Echavarría y Fernando Charry Lara.

Cuento estas experiencias porque creo que las antologías son un espacio que posibilitan un primer acercamiento a los autores claves de un país, de un grupo, de una generación, de una forma determinada de escritura. Pero, además, las antologías permiten generar una conversación entre voces tanto similares como disímiles, y dan al lector la posibilidad de ir armando, reuniendo, separando, conociendo sus propios gustos, su propio canon.

En una conferencia que dio Borges sobre la poesía, el escritor argentino ponía un ejemplo de tres plegarias que repetían los marineros fenicios para hablar de cómo no podían concebir ellos la vida sin el mar. Estas tres plegarias que cita Borges las toma de un cuento de Kipling y las usa para hablar de la belleza, de la sensación que genera la belleza, de cómo reconocemos, sin saber exactamente

qué es, la poesía y, lo que más me interesa resaltar acá, del diálogo que existe en la literatura. Borges termina diciendo que no importa si Kipling se inventó estas plegarias, ni tampoco si estas plegarias eran originalmente de los marineros fenicios, tienen, en todo caso, la misma belleza, independientemente de quién las haya escrito.

En esta misma charla, Borges habla de Oriente y dice algo que me parece fundamental para pensar en este diálogo que se da en la literatura: en Oriente no se lee según épocas, según una línea cronológica e histórica, sino que se lee estableciendo relaciones, poniendo a conversar a los autores. Es decir, se puede leer un haikú de Matsuo Bashō y relacionarlo con un poeta colombiano del siglo xx, como, por ejemplo, Helí Ramírez, tan distante de unas formas breves; se puede leer a un romántico como Goethe y ponerlo a conversar con un autor argentino contemporáneo como Lamborghini, y así, infinitamente.

Estos dos puntos que menciona Borges y que presento hoy acá me sirven para pensar en aquello que mencionaba al principio sobre la importancia de las antologías, que es, finalmente, establecer

relaciones, poner a dialogar voces distintas que tienen algo en común, pero que también se corresponden a partir de sus diferencias.

En la palabra *antología* se encuentra el término *escoger*, que tiene que ver precisamente con pensar en qué o a quién se va a incluir y, así mismo, en qué o quién se va a dejar por fuera. Muchas veces esto se les critica a las antologías: «no incluyeron a cuál o tal autor», dicen algunos, «no me parece que este autor sea pertinente para este tema», dicen otros, y por esta razón muchas veces se dice que una antología siempre es un capricho. En todo caso, y más allá de las posibles críticas que se le puedan hacer a las antologías, estas siempre han sido necesarias como una primera aproximación a la literatura de un lugar, de un tema, de una generación, de un tipo específico de poética. Pero, sobre todo, me gusta pensar en la antología como piensa Borges la literatura: un lugar, un espacio y un tiempo donde fluctúan, convergen, se estrellan, chocan, se distancian, se abrazan y se entrecruzan distintas formas de crear y ver el mundo.

Cuando pienso en una antología me emociona saber qué voy a encontrar, cómo podré establecer

relaciones entre los diversos autores, qué diferencias van a ir apareciendo en las propuestas. Todas estas posibilidades se dan en este escoger y juntar, que es lo que hace la antología: unir, relacionar y también mostrar un abanico y una multiplicidad de formas de crear. Esto último es, tal vez, lo más fascinante de cualquier antología, lograr ver la gran heterogeneidad que se puede encontrar sobre un mismo tema, en un mismo país, en un mínimo espacio.

Incluso, si pensamos en las antologías de autor, en estas podemos ver esos cambios y transformaciones que una voz individual empieza a tomar, lo cual nos hace pensar que dentro de la misma obra de un escritor siempre hay una mutación, un constante probar, errar, reconstruir: una necesidad de estar fundándose y refundándose desde la palabra y el lenguaje.

La antología se convierte, entonces, en un proceso de selección, de pensar cómo se van a agrupar los autores, bajo qué posibilidades se pueden establecer conexiones. Así, la antología busca crear una conversación, un diálogo entre diversas obras, pero también presentar un panorama, una constelación de escritores que tienen algún elemento en

común. Me gusta esta palabra: *constelación*, pues habla de distintos puntos en el espacio que terminan conformando una imagen, una forma definida: luces que conviven entre sí.

Pasa algo curioso en las antologías y es que las personas que proponen la selección se concentran en reunir, en pensar cómo organizar y presentar a los autores, mientras que los lectores, quienes reciben el libro según un orden determinado, según una selección previa, comienzan a establecer una infinidad de puntos de contacto, de convergencias y, también, claro, de disimilitudes. Es el lector, cada lector, quien logra ver nuevas conexiones, quien establece qué puede asimilar con qué, creando así un nuevo significado de lectura.

Al leer *De seis pisos* queda esta sensación de la que hablaba Borges: no importa la época, el lugar, las circunstancias, podemos hablarnos unos a otros, podemos encontrar puntos de contacto, semejanzas y diferencias que hacen de la poesía el lugar de lo múltiple, lo diverso, la no homogeneidad del pensamiento y el lenguaje.

Este libro reúne a seis autores que tienen, precisamente, seis tonos, procedencias, intereses, gustos,

formas y temas distintos que, a la vez, presentan cercanías, correspondencias, límites tanto cercanos como difusos. La antología *De seis pisos* se construye desde sus disgregaciones, desde épocas lejanas que, sin embargo, parecen alimentarse unas a las otras. ¿Qué es la literatura, la poesía, sino un constante repetir, robar, transformar lo ya hecho? ¿Cómo se puede concebir una obra sin pensar en todas las obras anteriores, todas aquellas voces que la precedieron?

El libro crea una constelación que habla del padre, de la soledad, del amor, desde un lenguaje sintético, breve, como es el caso de Henry Benjumea, escritor con una larga trayectoria tanto en la escritura como en la docencia. Henry es precisamente el primer poeta que aparece en la antología, con poemas de sus libros *En los ojos de un caracol*, *Reconstrucción* y otros inéditos.

Este primer autor nos muestra cómo en la misma obra de un poeta se empiezan a encontrar diferencias, disonancias, pero también similitudes y, sobre todo, la transformación que va sufriendo tanto el individuo como su uso del lenguaje. En los poemas que aparecen del libro *En los ojos de un*

caracol hay, como ya lo mencionaba, cierta brevedad del lenguaje, versos cortos, sutiles, poemas cerrados, que dialogan con una tradición tal vez de la contención del lenguaje:

el padre ha vuelto
Madre
ya no es fiera
me he encerrado
en los confines del pudor
pero tengo miedo

Mientras que en el libro *Reconstrucción* y los inéditos, los poemas tienden a alargar más el verso, así como se amplían las estrofas y se ensancha el lenguaje. Sin embargo, podemos ver una misma voz, una cercanía en los temas del amor, del padre ausente y, también, como es recurrente en este libro y en la literatura de nuestro país, ciertos poemas sobre la violencia, como en su poema *No lo digas madre*:

No hables más de la guerra
madre
que sangran mis oídos
no derrames más lágrimas sobre los sudarios

no llores nunca más
madre
que los ríos crecidos desprecian el odio
los volcanes asoman en las cumbres
y las caracolas repican suplicantes
a la tenue tristeza encapsulada

Henry, como todo poeta, reflexiona también sobre la poesía. En el poema *El poeta y la muerte* dice:

el poeta
sabio pendejo
la levantó con sus manazas
de niño bonachón
la aderezó con veraneras
y se fue a danzar con ella
a las riberas del Guatapurí

De esta forma, construye la imagen del poeta que tanto fascinaba a Baudelaire, el poeta de lo bajo, el poeta que tiene a la muerte en su costado, en su cuerpo, el poeta que vaga por la ciudad, camina, es decir, el *flâneur*, y encuentra la belleza en la carroña, en el cuerpo descompuesto.

También encontramos una voz como la de Darío Sánchez-Carballo, poeta, arquitecto y docente

universitario, que en la selección de poemas de su libro *49 habitaciones* presenta un espacio entre lo erótico y la muerte, Eros y Tánatos, con un lenguaje crudo: «Leonor es una enfermera muerta en las noches/cuida a sus pacientes/mientras golpea con rabia a los doctores», así como sencillo y directo: «La verdad no sé qué tenga que ver una cosa con la otra/en mi modesta existencia/he visto más deportistas caer fulminados/en campos verdes y entre comedillas/que gente realmente explotada por una sobredosis».

En este primer poemario, Darío habla sobre el dolor, el cuerpo herido, el cuerpo de la mujer, Leonor: la enfermera que lo cuida, y cierra la selección con estos versos: «Ese/fue el instante donde no dijo nada más/es el instante del poema», que nos hace pensar en cómo siempre habita el silencio el poema, y cómo se construye este desde una imposibilidad del decir, del nombrar.

Si bien el primer poemario de Darío presentaba una voz irónica, con ciertos tonos eróticos, bruscos, que también hablan sobre el tedio, el dolor del cuerpo, en *Retrovisor*, su segundo poemario, esa ironía desaparece; construye una poesía más solemne,

con imágenes que evocan a la madre muerta, la figura materna en el hogar, el viaje de un hombre que busca los lugares que recorrió otra persona...

Materia oscura, el último libro de este autor, se construye a partir de un lenguaje más experimental, extenso y con distintos referentes, que retoma cierto humor, que juega con las formas del poema incluyendo listas, distintos usos del lenguaje: no solo poético, sino en este caso científico, dándole así una mayor diversidad a su obra.

Héctor Rolando Chaparro, el tercer autor de esta antología, tiene una voz que sugiere la ausencia, otra vez la memoria, el recuerdo, pero también la relación entre la pérdida, la violencia y el cuerpo. El poema *Últimos testigos* construye un paisaje de desalojo, de vacío, de despojos, que nos hace pensar directamente en el territorio que habitamos:

Quienes conocen el color del fuego sobre
los pastizales]
de tanto y tanto errar por la comarca con un
hatillo a la espalda]

Quienes visitan desconocidas geografías temerosa
alentados por ausencias de mango y mamoncillo

En este mismo poema, Héctor nos dice, al final: «Quienes han sido alejados, exiliados, amarrados, exterminados/pero conservan la posibilidad de un nuevo día», y más adelante: «Ellos, mis hermanos», haciendo que el yo poético se establezca en el poema y que este, así mismo, sea parte de ese conflicto que enuncia. Este poema, así como *País*, nos hablan de una geografía accidentada, violenta, que problematiza, precisamente, el habitar, el hacer parte de un espacio.

Los poemas de Héctor tienen cierta calma dentro de todos esos escombros y desastres y, a la vez, nos hablan de un presente, de la actualidad del encierro, aquello que sucede con el tiempo y el espacio cuando no podemos salir, eso que comienza a pasar en el hogar cuando se enfrenta uno mismo a uno mismo. Estos poemas, por supuesto, hacen referencia directa a la actual pandemia y muestran cómo esta ha cambiado la forma de habitar el mundo, de ver el cuerpo y el espacio que ocupamos.

Existe en los poemas de Héctor una preocupación por el territorio, por lo que implica habitar un lugar:

Este territorio de adobes y baldosas
De olor a carne muerta y perfume rancio
Sostiene la geografía de mil vidas
En las que padres, tíos, hijos y sobrinos
Aprenden el arcano secreto de vivir.

La poesía de Héctor encuentra también en la cotidianidad una fuente para beber. Desde pequeños movimientos, la ciudad, los árboles, la rutina, construye imágenes en apariencia sencillas que, sin embargo, nos muestran la importancia de la observación, de ese detenerse a mirar el mundo que nos rodea. Un ejemplo claro es el poema que comienza: «Sucede que hoy/nada sucede», en el que el poeta nos sumerge en eso tan predecible que a veces se vuelve la vida, y que, desde cierto aburrimiento y cierta quietud, muestra cómo la poesía a veces implica hacer una pausa, detenerse a contemplar y también, claro, darle un espacio al tedio.

Siguiendo con el orden propuesto por la antología, después de Henry, Darío y Héctor, nos encontramos con otras tres voces, las cuales pertenecen a generaciones más recientes. La primera de estas voces en aparecer es la de Laura Benavides, joven escritora de Villavicencio, quien propone,

así como ya lo hemos visto en los autores anteriores, una relación entre la poesía y los despojos, el poema como una imposibilidad de nombrar, construido no solo desde las palabras, sino también desde el silencio.

Desde la ausencia de títulos en una gran parte de sus poemas, podemos ver esta búsqueda de la poeta por encontrar un lenguaje construido casi desde el no decir, desde lo que se calla, aquello que queda en el olvido:

Una mujer lava la tierra de las papas
sacude los paños sucios y pesados.
Nadie ve el humo de las casas donde se
hierva el café].

Le basta a Laura con tres versos para construir un poema, un paisaje rural, donde las figuras parecen desaparecer. Su poesía es un hilar delicado de todo aquello que se ha quebrado, que parece perdido, olvidado. Casi como haikús, en algunas ocasiones con poemas de solo un verso, Laura nos habla del territorio, la pérdida, las sombras, las huellas de lo que queda. Dice uno de sus poemas: «Un padre que no reza en las noches, como si en

otro lugar no se mereciera despertar». Y así, con esa aparente sencillez, esa brevedad, Laura hilvana unos poemas que son casi como murmullos, ecos que arrastra el viento.

Estos poemas contrastan con poemas más extensos, urbanos, como en el caso de Darío, y, a la vez, se acercan en algunas imágenes, sensaciones y paisajes a los poemas de Héctor. Y es esto, precisamente, lo emocionante de leer cualquier antología, comenzar a entender los caminos que cada autor toma, las decisiones estéticas que asume, las formas que busca y encuentra tanto individual como colectivamente para llegar a una forma de crear.

Luego de los poemas breves y sugerentes de Laura, encontramos otra voz femenina: Laura Isabel Ramos Velázquez, joven autora que tiene otro tono en sus poemas, menos sugestivos que los de Laura, más directos y extensos:

¿Que por qué escribo poemas?
lo diré de manera figurada
—es grato ser la piel de los otros—
lo diré de manera literal
—es más barato que pagar psicólogos—

¿Qué es la literatura, sino este poder tener otra voz? En la obra de Laura Isabel se plantean ciertos interrogantes sobre la poesía, como en todos los poetas, por supuesto, y hay también una relación con los libros, con lo que implica escribir y ser poeta. Ya lo decía Juan Gelman, el gran escritor argentino, y es que sospechaba que la poesía siempre está hablando de la poesía.

Los poemas de Laura Isabel tienen un tono más actual, dialogan no solo con el amor, sino también con el sexo, la ciudad, la noche, el oficio de escribir. Su lenguaje es más coloquial, cotidiano, presenta términos actuales, que corresponden a una jerga juvenil y, así mismo, en algunos poemas, incluye elementos de lo conversacional.

Finalmente, la antología cierra con los poemas de Carlos Enrique Pachón, poeta ganador de varios premios nacionales, quien participó en distintas antologías de poesía y publicó cuatro poemarios y una novela. Los poemas de Carlos presentan variados registros, desde la figura de la madre, como ya lo vimos en otros poetas, en este caso desde la ausencia y el dolor: «Mamá llora en secreto/todos los días a su hijo muerto/regresa invisible de la

ausencia/mamá fuerte mamá guayacán /se astilla con el recuerdo», hasta un tono más coloquial, irónico, como pasaba con los poemas de Darío: «Con crueldad te he mandado al carajo y el carajo es un lugar bastante inhóspito».

Los poemas de Carlos tienen unos versos extensos y otras veces son prosa poética. Su lenguaje se presenta desde cierto humor y burla del amor, como es el caso del poema titulado «Recuerdo de mi primer amor», donde el autor afirma: «Los familiares de mi novia murmuraban que ella era demasiado bonita para mí, que sus ojos verdes se nublaban con la oscuridad de un mestizo. ¡Demasiado bonita para mí!».

Este tono, este uso del lenguaje que propone el poeta, nos muestra un lugar de la poesía que siempre es refrescante, que no necesita de grandes artificios para crearse, y desmiente esa idea de un lenguaje poético *a priori*. Sin embargo, esto no solo sucede con los poemas de Carlos, desde Henry Benjumea, Darío y Laura Isabel, podemos ver esta idea de que la poesía se encuentra en la cotidianidad, en la vida, y que el lenguaje que nosotros llamamos *cotidiano*, *conversacional*, también puede llegar a ser un lenguaje poético.

Carlos presenta así dos tonos distintos en su poesía que, como ya lo mencionaba antes, nos habla de esa posibilidad de transformación que tiene un autor, un individuo. Por una parte, los poemas a la madre, a la abuela o aquel titulado *Un mundo engañado*, que presentan unas estructuras en estrofas, versos más cortos, poemas con mayor contención y síntesis, como es el caso de Henry, y otros poemas, tal vez con un ritmo más vertiginoso, que se extienden, se ensanchan.

La ciudad también hace parte de la obra de Carlos, los parques, los recitales de poesía, por supuesto el amor, lo erótico, la calle: «En la mañana pienso que debo ir a la calle y levantar cada piedra para recoger la luz halógena, abrazar el aire que se me enfrenta y sacudirlo con mi aliento». Su voz se construye desde esas dos posibilidades que vemos y presenciamos en el libro: un lenguaje concreto, de versos breves, sutiles, íntimos y, por otro lado, un lenguaje más desenfrenado, que se extiende en la hoja, que habla desde el humor y la ironía.

Para finalizar, y retomando la idea que planteaba al principio sobre aquello que decía Borges, creo que esta antología nos muestra esa necesidad

que tiene la literatura de estar siempre conversando. Virginia Wolf decía algo sobre la escritura de las mujeres y es que, a diferencia de las escrituras de los hombres, que buscan matar a un padre, la escritura de las mujeres surge desde la conversación con las distintas voces, épocas, lugares, estéticas, y que es desde ahí que una mujer asume su trabajo escritural.

Creo que esto es una necesidad central de todo autor: establecer su propio canon, crear una cartografía o, como ya lo decía, una constelación de autores que van estableciendo, a partir de distintas luces en el cielo, una imagen. Las antologías nos dan esta posibilidad. Desde Henry Benjumea hasta Carlos Enrique, pasando por la voz de Laura Benavides, Darío Sánchez, Héctor Rolando y Laura Isabel, encontramos un libro que nos habla de la heterogeneidad que tiene la poesía y cómo es desde esta multiplicidad de formas, lenguajes, estructuras, que se mira, se crea y recrea constantemente el amor, la sexualidad, la figura maternal y paternal, la violencia, la pérdida, el despojo...

Es enriquecedor leer siempre desde las diferencias y las similitudes, ir encontrando registros que

se pliegan, se repiten, se roban, como lo dice en un bello poema Derek Beaulieu llamado *Por favor, no más poesía*: «los poetas inmaduros imitan/los poetas maduros roban».

Nicolás Peña Posada

Literato y maestro en Arte de la Universidad de los Andes. Magíster en Creación Literaria de la Universidad Central. Actualmente es docente universitario en la Fundación Universitaria Konrad Lorenz, donde además dirige la revista Suma Cultural. Ha publicado los libros *Mi madre es la única que lee mis poemas*, *Cocinar no es para todos los poetas* y su tesis de maestría titulada *La abuela nunca llora cuando corta las cebollas*. Sus poemas han aparecido en la antología de poesía joven de Bogotá *Pecados capitales*, libro editado por ediciones Exilio, y en diferentes revistas nacionales e internacionales, entre ellas: *Raíz invertida*, *La otra* (México), *Sombralarga*, *Otro páramo*, entre otras. Es coeditor y cofundador de *Ruido ediciones*, editorial independiente de Bogotá.